De ayamonte a quarai. El franciscano ayamontino fray agustín rodríguez y la exploración de Nuevo México.

Juan Pablo Martín Muñoz
Licenciado en Filosofía y profesor de Geografía e Historia de Enseñanza Secundaria

En la historia de España hay una importante laguna respecto a nuestras relaciones con las etnias nativas de Norteamérica. No se han investigado en profundidad esos lazos. Por eso tampoco son muy conocidos los españoles que intervinieron en ellas ya sea como exploradores, comerciantes, militares, religiosos, administradores, geógrafos o artistas. Uno de estos personajes es fray Agustín Rodríguez, un ayamontino del que se tienen pocos datos ciertos. Es relativamente más fácil encontrar alusiones a este clérigo en la historiografía estadounidense que en la española. El franciscano, a finales del siglo XVI, fue uno de los primeros promotores de la exploración de la provincia de Nuevo México, en el remoto norte de Nueva España. Fray Agustín, que, por lo que sabemos, no era persona destacada, ni en lo social, ni dentro de su orden religiosa, consiguió mover la voluntad nada menos que del virrey del momento, para hacerse cargo de una evangelización en la que sólo tenía el interés espiritual y ninguno personal en absoluto. El proyecto de este franciscano fracasó, pero es una de las figuras insignes que conectan la historia de Ayamonte con la de América.

Fray Agustín, un ayamontino en los documentos.

Fray Agustín Rodríguez[1], tenemos por cierto, que murió en 1582 en una aldea india de Nuevo México. Ese es uno de los pocos datos seguros de su vida. En estas circunstancias, afirmar que es de Ayamonte requiere un rastreo documental que es lo primero que se hará.

La figura de nuestro interés es conocida principalmente por fuentes impresas como la *Monarquía indiana*, de Juan de Torquemada, escrita en la década de 1590; *Historia eclesiástica indiana*, de Jerónimo de Mendieta, de 1615; *Menologio franciscano*, de Juan de Vetancurt, de 1690; *Crónica de la provincia de Zacatecas*, de Jerónimo de Arlegui, de 1737 y algunas otras[2]. Son obras generales de apologética religiosa y, por tanto, tocan a nuestro personaje entre otros muchos. En todas ellas se nombra a fray Agustín Rodríguez exponiendo una breve biografía que solo refiere a su vida en Nueva España y en todas se dice, casi con repetición literal, que es "natural de condado de Niebla".

En el Archivo General de Indias de Sevilla, hay dos documentos que hacen referencia a fray Agustín como natural de Ayamonte. Uno de ellos es el *Ofrecimiento para la conquista de*

Nuevo México de Francisco Díaz Vargas, de 1582. El otro, donde hay una alusión más expresa, es la *Historia de los descubrimientos antiguos y modernos de la Nueva España*, que Baltasar de Obregón escribió en 1584[3]. Tanto en el manuscrito de Díaz Vargas como en el de Obregón se cita el topónimo de Ayamonte. En el primer caso se habla sencillamente de fray Agustín de Ayamonte. En el segundo, se dice expresamente: *fray Agustin natural de Ayamonte de el condado ffrayle lego de la orden y abito del señor san fran^co^*.[4] A partir de estas escuetas alusiones cabe formularse algunas preguntas. ¿Es posible que la mención a Ayamonte que se hace en el primer caso, sin decir que es lugar de nacimiento, sea un apellido? No parece posible. Por lo que sabemos de fray Agustín, no era de linaje noble y el supuesto apellido lo emparentaría con la casa de los marqueses del señorío de la localidad. Este religioso era un simple lego dentro de la orden franciscana y además, desconocido en todo otro ámbito que no sea el que estamos tratando. Un descendiente de la aristocracia sin duda habría conseguido un papel más preponderante dentro de cualquier institución eclesiástica o por lo menos, se hubiera ordenado sacerdote. Por otro lado, como segunda pregunta ¿Sería posible que se trate de una errata y que Obregón quisiese escribir "Almonte de el condado"? En el manuscrito donde se recoge la frase literalmente citada de Baltasar de Obregón, la palabra "Ayamonte" no tiene confusión posible en su transcripción[5]. Por otro lado, hay diversas razones que hacen muy improbable esa otra localización como cuna de fray Agustín. Para empezar, la relación con Ayamonte las Indias es muchísimo más conspicua la de Almonte. Baste para ello hacer un rastreo en los índices de búsqueda del Archivo General de Indias dentro del portal digital Pares para comprobarlo. Son numerosísimos en el caso de Ayamonte las entradas para navegantes, religiosos, comerciantes, etc. Mucho menos lo son para Almonte, que no era una localidad volcada al Atlántico, como lo era la nuestra en el siglo XVI.

Si en medio de este debate, sirve de algo la opinión de una autoridad, tomemos la de Adolph F. Bandelier, que fue un insigne historiador e iniciador de lo que en la historiografía estadounidense se ha llamado "Spanish Frontiers", dando comienzo a la valoración de la labor de España entre los nativos norteamericanos. Pues bien, Bandelier, al consultar los manuscritos originales, transcribe también y sin duda "Ayamonte" y considera que este es el topónimo del lugar de nacimiento de nuestro franciscano (BANDELIER, 1930 (2), p. 257).

De todo lo anterior, entonces, surge una nueva cuestión ¿Por qué se dice "Ayamonte de el Condado"? Caben varias hipótesis como explicación. La primera tendría que ver con que Ayamonte fue condado antes que marquesado. En 1521, Carlos V otorgó el título de marqués, al que hasta entonces era conde de este señorío, Francisco de Zúñiga y Pérez de Guzmán, lo que suponía un ascenso en la escala nobiliar. Cuando Baltasar de Obregón escribe, es el año 1584. Han pasado más de sesenta años desde 1521. ¿Cómo se haría alusión a un hecho que para muchos ya era muy lejano? No podemos saberlo. Una posibilidad es que cayese en manos de Obregón algún documento antiguo y biográfico sobre los orígenes de este fraile donde se mencionase Ayamonte aún como condado. Otra posibilidad es que incluso en Nueva España quedase el recuerdo de esta parte del entonces Reino de Sevilla, como *El Condado*.

El Ayamonte de Fray Agustín.

No sabemos nada sobre las circunstancias del nacimiento de fray Agustín Rodríguez: ni sobre su familia, extracción social concreta o parte de la población donde nació. Lo que podemos analizar es cómo era el pueblo de Ayamonte, donde nació, lo cual debió ocurrir en el primer cuarto del siglo XVI, pues hacia 1580, se decía de él que "siendo ya viejo en edad"... (MENDIETA, 1870, p. 762).

Ayamonte era un pueblo agrícola y pesquero, de recursos modestos. La productividad del campo ayamontino era baja, en especial, en aquella época, en los vitales cereales. Se practicaba la agricultura mediterránea y abundaban los higuerales y almendrales. En cualquier caso, era una agricultura de subsistencia que generaba escasas rentas señoriales. Recientemente el pueblo, se estaba abriendo al Atlántico. Ya tradicionalmente se practicaba la pesca, pero a partir del primer tercio del Quinientos, el comercio empezaba a despuntar. Desde el pueblo se exportaban productos elaborados procedentes de la agricultura como pasas, higos secos o aguardientes, tanto de Ayamonte como de otras localidades del señorío, como La Redondela o Lepe. También, los conocimientos marineros, brindaban a muchos ayamontinos un puesto en la carrera de Indias. Muestra del acercamiento al mar fue la fundación del nuevo barrio de La Ribera entre 1530 y 1540, a orillas de uno de los caños principales de la desembocadura del Guadiana. Aquí se centró la actividad pesquera, el comercio marítimo y se instalaron algunos astilleros. De este modo, las zonas de la población que fueron florecientes durante la Edad Media, quedaron relegadas a una periferia económica[6].

El Ayamonte medieval no era este que se había expandido hacia el sur, sino el que se agrupaba en torno al actual barrio de La Villa, donde se hallaba la ciudad musulmana anterior a La Reconquista. El callejero se situaba en alto, en las faldas y cima de una colina, a salvo de las inundaciones otoñales e invernales del río. Su eje principal era la actual calle Galdames.

El crecimiento de Ayamonte hacia nuevos terrenos junto a los esteros, se debió en parte al crecimiento demográfico. En la década de 1510, el "Itinerario de Hernando Colón" atribuía a Ayamonte unos 500 vecinos, lo que suponía en efectivo, unos 2500 habitantes. Ya el censo de 1534 contaba con 1035 vecinos, es decir, la población se habría multiplicado por dos[7] (MORENO FLORES, 2000, p. 61). Este aumento poblacional fue lo que impulsó a muchos a la navegación o a viajar a Indias y entre ellos debió estar fray Agustín.

En 1527, la marquesa de Ayamonte del momento, Leonor de Manrique y Castro, viuda de Francisco de Zúñiga y Guzmán, fundó el convento de San Francisco, para frailes de la orden homónima. Precisamente el nuevo convento enlazaba la zona medieval con la zona de la población que iba creciendo hacia el lado meridional. No sabemos si fray Agustín se hizo lego franciscano en Ayamonte, o esto ya ocurrió llegado a Nueva España. Lo cierto, es que debió conocer la mentalidad franciscana, basada en la humildad, la pobreza evangélica, la atención a los necesitados en la creciente vida urbana, el amor a la naturaleza y el espíritu misional. Esto era palpable en Ayamonte, puesto que los franciscanos ya estaban haciendo una importante obra

social basada en alimentar a pobres, acoger niños abandonados e incluso alfabetizar gratuitamente. Fray Agustín recogió y llevó a Nueva España, al menos dos de los principios rectores franciscanos: el cuidado de los pobres y el celo misionero.

Franciscano en México

No sabemos cuándo llegó fray Agustín a Nueva España. En la mejor fuente de la que podríamos disponer, el catálogo de pasajeros a Indias del AGI, no aparece nadie con sus señas. Sin embargo, es difícil que pasara a Indias como "llovido", es decir, como polizón, pues existía una normativa muy expresa al respecto: "Que no pasen clérigos ni frayles a las Indias sin licencia del rey"[8]. Como es bien sabido, en el Catálogo de Pasajeros existen lapsos sin cubrir debido a la pérdida de documentos. Sin embargo, antes de emprender su tarea como misionero, fray Agustín debió estar un tiempo en un convento franciscano de la capital virreinal, preparándose.

En 1579, fray Agustín ya está entre los neófitos de la frontera norte, pasando por los asentamientos mineros de Indé, San Bartolomé y Minas de Santa Bárbara. Allí la vida era durísima para los indios sometidos y obligados o contratados en condiciones precarias para trabajar en la extracción de plata, expuestos al agotamiento, los malos tratos, los accidentes y el envenenamiento con azogue. Un cronista nos cuenta del siguiente modo, cómo fue que fray Agustín llegó a los reales de minas septentrionales y acabó sabiendo sobre los indios de Nuevo México:

> *Siendo ya viejo, en edad, moviole el espíritu y celo de la salvación de las almas a que pidiese licencia a sus prelados para ir a morar a la custodia de Zacatecas [...] y llegado a Zacatecas anduvo últimamente teniendo su [morada] por entre aquellos bárbaros [...] hasta que últimamente, teniendo su morada y asiento en un valle que llaman de San Bartolomé, ciertos indios [...] le dieron relación de unas grandes poblaciones que había lejos de allí , que por ser de tanta gente, después la llamaron el Nuevo México.* (MENDIETA, 1870, pp. 762-763).

¿Qué puede llevar a un hombre como éste a buscar un destino tan duro, en lugar de preferir conventos con comodidades en una ciudad? Se puede aventurar que fray Agustín, como muchos de los españoles de la época, tiene aún mentalidad de frontera. Ésta se había cultivado durante la Reconquista, pero ciertos acontecimientos y procesos la habían reavivado con el paso del tiempo, por ejemplo, la toma de Granada en 1492. Hay que recordar que el reino nazarí se convirtió en vasallo y tributario de Castilla y que la lucha fronteriza estuvo casi paralizada o amortiguada durante más de dos siglos. La iniciativa de los Reyes Católicos vuelve a despertar la idea de estar ante una frontera de infieles. Además, desde inicios del siglo XVI, la piratería berberisca, patrocinada por los otomanos, asolaba las costas del sur de España. Ayamonte, por supuesto, no era ajeno a ello. Se conocen casos de ataques cercanos, como el que se hizo a San Miguel de Arcabuey (el actual El Rompido), donde los turcos capturaron a toda la población para esclavizarla o exigir rescate por ella. En el último tercio del XVI, se inicia la edificación de la línea de torres de almenara para avisar de estos asaltos. Todos ellos eran hechos que mostra-

ban en la época que el Estrecho de Gibraltar, era el límite entre dos grandes civilizaciones y religiones que seguían sin tolerarse mutuamente. Más aún, la cultura estaba impregnada de mentalidad contra el mahometano, al que habría que convertir: los romances y novelas moriscas y las leyendas y rumores sobre el peligro interno que supondrían los moriscos eran ejemplos de ello. Para los misioneros que iban a América, los equivalentes psicológicos de los musulmanes eran los indios. Unos como otros, eran pueblos de religión equivocada, costumbres desviadas y una amenaza a la soberanía hispánica, según el pensamiento de la época. Desde tiempos del cardenal Cisneros a comienzos del XVI, éste consideró a los franciscanos los candidatos más aptos para llevar el peso de la evangelización de Indias, viendo, además, el paralelismo entre el islam y las religiones nativas como el enemigo a batir[9].

Sabemos, pues, que mientras fray Agustín se encuentra como misionero en los poblados mineros del norte de la frontera, tuvo noticia sobre los indios pueblo. Esta designación genérica fue dada por los españoles a un conjunto de etnias y aldeas que habitaban en los actuales estados de la Unión de Nuevo México y Arizona, en las zonas con agua en medio de una franja de grandes desiertos con temperaturas extremas en invierno y verano. En realidad, no era la primera vez que los españoles los contactábamos. La expedición de Álvar Núñez Cabeza de Vaca trajo referencias de ellos en la década de 1530 y la de Francisco Vázquez Coronado, llegó a sus tierras en 1540. Los indios pueblos, en realidad, pertenecían a tribus diversas como queres, teguas, tiguas, tanos, tompiros, zuñis, hopis (o moquis)... Hablaban lenguas diferentes, pertenecían a entidades socio-políticas distintas, pero tenían muchas cosas en común: eran agricultores sedentarios que cultivaban maíz, fríjol y calabaza, a veces en regadío, conocían técnicas neolíticas como la alfarería, la cestería y el tejido del algodón, poseían un mundo espiritual y ceremonial riquísimo y construían casas de mampostería, a veces de hasta cuatro pisos de altura, en aldeas independientes[10]. Por esto se les dio el nombre de "pueblo", porque sus aldeas de casas de adobe, encaladas y formando calles y plazas, recordaban a lo lejos, a los pueblos de Andalucía y Extremadura en los que los conquistadores habían dejado sus hogares. Sin embargo, cuarenta años después del contacto con los españoles, la memoria de estos pueblos se había perdido y solo estaría al alcance de un puñado de personas cultas que leyera a los cronistas de Indias anteriores a 1550. Sobre esto último, tampoco sería imposible que fray Agustín fuera uno de estos lectores y que sus inquietudes hubieran comenzado así. Una de estas crónicas eran los *Naufragios* de Álvar Núñez Cabeza de Vaca. Al parecer, las noticias que se daban en este libro, eran conocidas no solo por fray Agustín, sino de manera general por muchos o todos los expedicionarios que lo acompañarían al norte en 1581[11].

Las características de aquellos nativos de agricultores sedentarios y con cierto grado de avance en su cultura material, para un misionero como fray Agustín, debió hacerlos candidatos perfectos para la evangelización[12]. También le pudieron llegar noticias de su existencia por medio de los únicos españoles que se adentraban en los desiertos septentrionales: cazadores de esclavos o prospectores de vetas de plata, ambos actuando ilegalmente al margen de la voluntad real recogida en las Leyes de Indias. El fraile también hizo una expedición sin autorización y

por su cuenta al territorio pueblo y de allí trajo noticias más concretas. A la vuelta, redactó un memorial (hoy perdido), que envió al virrey de Nueva España, conde de La Coruña. El resultado de esta iniciativa, que puede resultar sorprendente, viniendo de un simple lego, es que el virrey concede a fray Agustín licencia para organizar y dirigir una expedición oficial para sondear la posibilidad de evangelizar a los aborígenes. Después de aquello, el virrey incluso dio audiencia a fray Agustín y daba cuenta de ello en una carta a Felipe II. Contaba al monarca que el franciscano pretendía evangelizar algún territorio al norte de las minas de Santa Bárbara, para lo que se le autorizaba, como excepción a la prohibición real general vigente, a llevar un grupo de hasta veinte soldados. Además, el misionero podía designar al jefe militar de la expedición y habría de llevar "cosas de rescate", es decir, objetos europeos de regalo, para congraciarse con los indios[13].

> *Por noviembre del año passado de 80 vino a mi un fray[le] que se dezia fray agustin rodriguez de la orden de sanct françisco, y me dixo que queria entrar a predicar el santo evangelio adelante de las minas de sancta barbara que [está] en la nueva Vizcaya [documentos destruído en unas 5 palabras] noticia que por el R[documento detruido en unas 5 palabras] de se podia conseguir e[documento destruido en unas 5 palabras] para que lo hiziesse llevar [documento destruido en unas 4 palabras] y hasta veynte hombres de [documento destruido en unas 4 palabras] quisiesen yr con el para que los anp[? e ilegible] [documento destruido en unas 3 palabras] compañía y llevasen algunas cosas de rescate, y licencia para que pudiesse yr mas numero de gent[e] Respecto de tener V. Md. por ynstruciones mandadas que no se hagan entradas ni nueuos decubrimiento[s] si no fuere con expressa licencia de V.Md. y que al que dellos el frayle señalase fuesse por caudillo a q[ui]en los otros obedeciessen por que no hiziessen desorden*

Las motivaciones de la expedición.

La expedición autorizada a fray Agustín, aunque como vemos, tenía un objetivo declarado primariamente religioso, se desarrollaba en un contexto político muy específico, en el momento de mayor esplendor del imperio español bajo los Austrias. El año en que el franciscano y el virrey se reúnen en México, España acaba de anexionarse la corona portuguesa, y con ella, todos sus dominios, creando así el Imperio Global Ibérico. Inmediatamente esto se ve como una amenaza por los enemigos atlánticos de España, especialmente, por Inglaterra y por los rebeldes holandeses, con quienes hay guerra abierta desde 1568. En el virreinato novohispano se teme que esas dos peligrosas potencias navales quieran actuar contra las costas de La Florida, nombre que entonces recibía toda la Norteamérica española. En esta tesitura, enviar un pequeño grupo a la frontera septentrional, era declarar la soberanía española y prepararse ante contingencias de intrusiones extranjeras.

Por otro lado, nos encontramos la cuestión del estado de colonización de las Indias. El período que convencionalmente se dice que había durado la Conquista de América, había

terminado en 1540 o 1550[14]. Ante esta perspectiva, la corona decide acabar con las ganancias territoriales a través de la guerra y la violencia y organizar la explotación y administración de América y sus naturales a largo plazo. Para ello, pocos años antes de la expedición que nos ocupa, en 1573, se habían promulgado las *Ordenanzas de descubrimiento, nueva población y pacificación de las Indias*[15]. Bajo el espíritu de esta aún reciente normativa, se organiza la nueva expedición a Nuevo México. Desde luego, la ordenanza 27, que trata sobre la idoneidad de los exploradores y descubridores, parece formulada expresamente para la persona del fraile de Ayamonte.

> *27 Las personas a quien se oviere de encargar nuevos descubrimientos se procure que sean aprobadas en cristiandad y de buena conciençia celossas de la onrra de Dios yservicio nuestro, amadoras de la paz y de las cosas de la conversión de los indios de manera que aya entera satisfaçión que no les harán mal ni daño y que por su virtud y bondad satisfagan a nuestro desseo y a la obligación que tenemos de procurar questo se haga con mucha deboçión y templanza.*

Por otro lado, la ordenanza 141, cuadra perfectamente con el momento de la aspiración de Felipe II a la soberanía universal. Ella establece que debe decirse a los indios que España ha sido puesta por Dios en la situación de la suma hegemonía y que su poder se refleja en sus armadas, sus descubrimientos y la infinidad de naciones que se han subyugado al Rey Católico. Continúa diciendo, que de ello los indios sacarán grandes beneficios si se someten, como la protección frente a sus enemigos, la paz entre las tribus y las ventajas materiales de tener caballos, siembras y artes y oficios como los que hay en Europa.

La visita al territorio de los indios pueblo estaría formada por más de veinte personas entre frailes, soldados e indios. Entre las instancias españolas, cada una de ellas tenía unas motivaciones diferentes para impulsar la expedición. Por un lado, para los franciscanos, el acicate era su celo misional, espoleado por las circunstancias de la época. En 1563 había concluido el Concilio de Trento. Entre sus conclusiones estaba la de potenciar las misiones en América y ganar neófitos, para compensar las almas que se condenaban por seguir a los nuevos credos reformistas en Europa. Por otro lado, no hay que olvidar que el Papa Paulo III había dado un gran paso en el reconocimiento de la dignidad y los derechos de los nativos americanos. En su breve o bula *Sublimis Deus*, de 2 de junio de 1537, recalcaba que los indios eran seres humanos, con una dimensión espiritual y que tenían derecho a la libertad y a ser evangelizados sin ser forzados a ello mediante las armas (LEVELIER, 1919, pp. 53-54).

Para el grupo de soldados dirigido por Chamuscado, que no eran soldados del virreinato, sino enrolados en una iniciativa privada, el interés, más allá de la paga, debió ser la esperanza de que en las tierras desconocidas del norte quedara algún "El Dorado" por descubrir. No hay que olvidar, que a comienzos del XVI, se había creído que las aldeas pueblo, eran las míticas "Siete Ciudades de Cíbola", refugio de siete obispos visigodos huidos de los musulmanes en el 711, que habían llegado a América llevando grandes tesoros. Esta obsesión por el oro y la

riqueza fácil persistió mucho tiempo, por ejemplo, hasta época tan tardía como la década de 1660. Diego Dionisio Peñalosa y Briceño fue gobernador de Nuevo México entre 1660 y 1664. Durante su mandato removió cielo y tierra para tratar de hallar las fabulosas riquezas. No lo logró, pero escribió un relato apócrifo diciendo haber hallado el reino mítico y riquísimo de La Gran Quivira. El relato no produjo ningún resultado tangible pero se hizo célebre en la Europa de la época.

Asunto completamente diferente era el que animaba el interés del virrey en la expedición. Desde los primeros decenios del Quinientos, circulaba una geografía mítica sin sustento científico, que hablaba de una conexión marítima entre el Atlántico Norte y el Pacífico. Se trataba del que más tarde se llamará el Paso del Noroeste, llamado también Estrecho de Anián o de Juan de Fuca. Quien controlase esta hipotética ruta estratégica tendría acceso a las costas occidentales de Indias y también al riquísimo comercio de especias, sedas, marfiles y porcelanas de China y Japón. En los meses de junio y julio de 1579, había arribado Francis Drake a las costas de California (entonces aún no colonizada por España, pero sí declarada territorio de su soberanía) y había permanecido algo más de un mes, explorando las tierras del litoral. Drake se había desplazado por las costas del Pacífico de las Indias, de sur a norte, asolando y capturando o destruyendo naves españolas. Se había desplazado y había regresado a Inglaterra con tal rapidez que muchos creyeron que había descubierto en Estrecho de Anián. No lo había hecho, aunque sí que había completado la segunda circunnavegación del globo. Todo ello era ya de por si peligroso, pero además, Drake, durante su estancia en California, en las cercanías de lo que luego sería el puerto de San Francisco, había contactado con los nativos miwok. A decir del corsario, estos los habían coronado como "rey" de aquellas tierras y aquél las reclamó para Inglaterra dándoles el nombre de Nueva Albión. En cuanto aportó a tierras británicas, lanzó la noticia, que corrió por Europa entera en todo tipo de panfletos, bulos y libelos anti-hispánicos. Una de las publicaciones que más aireó la presencia de Drake en California, fue la famosa fuente de la Leyenda Negra, *América*, de Théodor de Bry. En uno de sus grabados se veía la coronación de Drake a manos de un cacique miwok. El virrey entendía que cualquier presencia española en el septentrión, ayudaría a disuadir a futuros intrusos y a hacer efectivas las reclamaciones españolas, por otra parte, reconocidas en el Tratado de Tordesillas.

El viaje al norte.

Tras los preparativos, la expedición finalmente partió desde San Bartolomé el 5 de junio de 1581. La integraban una escolta de nueve soldados en total, que estaba dirigida por uno de ellos: Francisco Sánchez "Chamuscado". Recibía este apodo por su barba pelirroja. Era persona ya entrada en años, sagaz, enérgico y prudente. Se había curtido en las largas luchas de la frontera y persiguiendo a los indios hostiles se había adentrado en buena parte del camino que pretendía seguir fray Agustín. Junto a éste, iban otros dos franciscanos, pero ordenados: fray Francisco López, natural de Sevilla y fray Juan de Santamaría, nacido en Cataluña[16]. Les acompañaban también doce sirvientes indios (BANDELIER, 1930 (2), pp. 259-261). Suma-

ban en total veinticuatro personas. La impedimenta de los expedicionarios era transportada en caballos y mulas y se llevaba ganado de varios tipos para la alimentación.

La ruta seguida hasta llegar a los poblados sedentarios de Nuevo México debió ser la que desde tiempos remotos seguían los indios para el comercio de sal. Por el camino fueron encontrando poblaciones nativas cazadoras-recolectoras que, como no eran los esperados indios "civilizados", eran contempladas con notable, desprecio, al menos por Hernando Gallegos, el cronista oficial y secretario de la expedición, que describe así a estas personas: "Esta gente es muy mal agestada; anda desnuda com[o] alar[a]bes e holgazana y para poco trabajo y puerca"[17]. El grupo llegó a la zona del actual río Grande, lo que supuso su redescubrimiento. El 21 de agosto topó con las primeras aldeas sedentarias y comprobó lo que los relatos más o menos indirectos decían: los nativos construían casas de muros y techos sólidos, tejían mantas de algodón, cultivaban maíz, calabaza y fríjol y conocían la cerámica, que era decorada con hermosas pinturas alusivas a su mundo espiritual.

A partir de ese momento, el grupo emplea varios meses en recorrer el valle superior del río Grande, que es la arteria del territorio de las diferentes unidades políticas pueblo. Se visita y describe más de sesenta aldeas. Algunas de ellas hoy no son identificables con seguridad, porque tenían nombres históricos que se perdieron o cambiaron debido a las guerras, epidemias y movimientos de población posteriores a 1598. Al parecer, el grupo de Rodríguez y Chamuscado estuvo durante un corto tiempo en Quarai y sus alrededores y se cree que visitó cinco aldeas cercanas de los indios pueblo de lo que hoy se conoce como comarca de Salinas.

Mientras seguía el periplo, iba surgiendo una tensión cada vez más acentuada entre los religiosos y los hombres de armas de la expedición. Los primeros, estaban decepcionados porque el grupo no se quedaba mucho tiempo en ningún sitio y así no se podía empezar a evangelizar. Los segundos, guiados por Chamuscado, estaban centrados en la terea exploradora y tal vez en el interés de encontrar yacimientos de metales preciosos.

A finales de septiembre de 1581, cuando las tierras de los indios pueblo fueron bastante recorridas, el grupo giró su ruta principal de itinerario hacia el este, o sea, hacia el actual estado de Texas. Estaba claro que habían encontrado aborígenes con un nivel de desarrollo cultural por encima de los indios nómadas ya conocidos, como chichimecas o patarabueyes, pero no eran una alta civilización, como la azteca o la inca. Al torcer al este, la expedición se introdujo en las grandes llanuras, donde no hay apenas árboles y que están pobladas por millones de bisontes en gigantescas manadas migratorias. Los nativos que allí habitaban, como los querechos y los teyas[18], vivían en un nivel de desarrollo paleolítico. Viajaban todo el año tras las manadas para cazar, pues obtenían de aquellos bóvidos todo lo que necesitaban: carne y grasa para comer, pieles para refugio y ropa, huesos y cuernos para utensilios, pelo para cuerdas y hasta boñigas que una vez secas servían como combustible en aquellos llanos casi desprovistos de leña.

En su recorrido por las llanuras, la expedición halló una gran corriente de agua, a la que puso por nombre *Río de Santo Domingo*. Junto él halló huellas de bóvidos salvajes y el rastro de

nómadas cazadores de bisontes, o sea, "gente que yba a las bacas" y quisieron ir a su encuentro, cosa que lograron al ver a los lejos el humo de un campamento indio. La crónica de Hernando Gallego no nos dice quiénes eran estas gentes, aunque muy probablemente fueran querechos o teyas, a los que desde época de Coronado, se les llamaba también *vaqueros*, por el objeto de su vida cazadora. El grupo de españoles topó con un poblado de unas cincuenta tiendas de piel curtida blanca, es decir, las conocidas tiendas cónicas o *tipis*. Le salieron al paso unos cuatrocientos guerreros armados de arcos y flechas. Los expedicionarios hicieron gestos conciliadores que no surtieron efecto, hasta que empezaron a persignarse como gesto de paz. Para su sorpresa, los indios también se persignaron y se apaciguaron. Gallegos no alude al recuerdo de Álvar Núñez Cabeza de Vaca, quien en sus *Naufragios* decía que tras su paso por aquellas tierras los indios quedaron familiarizados con la señal de la cruz y que entendían su sentido religioso. Finalmente, fue fray Agustín quien terminó de poner paz entre los exploradores y los aborígenes. Así lo cuenta Gallegos:

> *Ansi mismo nos recibieron en su tierra e ranchería y luego se apeo el padre fray Agustin Rodrigues y les dio una crus que al cuello traia para que la besasen y para dalles a entender que eramos hijos de el sol y que los ybamos a ver. Ellos luego se enpeçaban a rregozijar y a tomar contento y a ofrecer lo que tenian*[19].

El recurso a la relación con el sol era muy frecuente en los primeros misioneros, conocedores de la heliolatría de muchos amerindios. Esto solía ser un paso previo antes de comenzar a hablarles de una divinidad única.

El grupo de Rodríguez-Chamuscado, regresó a la zona de los indios pueblo, donde podría pasar lo más crudo del invierno al amparo de sus buenas edificaciones de mampostería. En enero de 1582, Chamuscado daba por concluido el objeto del viaje, mientras que los misioneros consideraban que su verdadera tarea comenzaba en ese momento. Ya para entonces, los naturales habían asesinado a fray Juan de Santamaría cuando éste se apartó del grupo e intentó irse a predicar en solitario. Chamuscado dijo a fray Agustín y a fray Francisco López, que la expedición debería regresar a "tierra de cristianos" llevándolos a ellos de vuelta, pues la muerte de fray Juan dejaba bien a las claras las malas intenciones de los habitantes de Quarai. Tal vez el motivo de los franciscanos para elegir quedarse en allí como base de su evangelización era que fuese una aldea de una relativa mayor importancia que las que la rodeaban, pues se decía que "tiene ciento y veinte y quatro casas de dos y tres altos".

Chamuscado trató de todas las maneras posibles de convencer a los dos franciscanos restantes que regresasen a México con ellos. Al parecer, debió ser una conversación tensa en la que el viejo soldado pidió hasta tres veces a los religiosos que no se quedasen en Nuevo México. Estos, acabaron en el exabrupto, respondiendo que si alguien intentaba obligarlos a marcharse de Quarai, lo excomulgarían. Ante esto, Chamuscado cedió y fray Agustín y fray Francisco quedaron, aunque gustosos, abandonados a su suerte. Gallegos lo cuenta con las siguientes palabras:

visto el dicho caudillo [Chamuscado] su determinacion de los dichos frailes, requirio una y dos y tres bezes de parte de dios y de su magestad se saliesen y que no se quedasen, porque quedaban en grande riesgo y se alborotaría la tierra en susediendoles alguna desgracia y que ellos al presente no podian hazer fruto ninguno hasta que ubiese fuerça de españoles para obligar a hazer qualquier cosa y que yrian a dar noticia a sus perlados [sic] de la tierra y para que se enbiase rrecaudo de socorro, de lo qual mando el señor se lo diese por testimonio y visto esto y lo que el dicho caudillo y soldados avian dicho y hablado, respondieron los dichos rreligiosos que ellos se avian de quedar y que no avia de ser parte ninguno para forçalles a quitar de el buen proposito que tenian de predicar el santo evangelio y que si yntentasen hazer alguna cosa que los descomulgarian[20].

Finalmente, el 31 de enero de 1582, los soldados de la escolta se marcharon y con ellos casi todos los indios sirvientes, excepto unos cuantos que quedaron acompañando a fray Agustín y fray Francisco. Quiso la suerte acompañar a Chamuscado, o se vio ya con las manos libres para buscar lo que deseaba, pues, andando solo veinte leguas por el río Grande abajo, en su camino de vuelta, halló seis yacimientos de plata de los mejores[21].

Casi inmediatamente a la marcha de los soldados, los habitantes de Quarai mataron a los dos franciscanos. La noticia llegó a la capital del virreinato por boca de algunos de los sirvientes indios que se habían quedado y que sobrevivieron y lograron escapar. Los motivos concretos de la muerte de los frailes no se conocen, pero a la vista de lo que se sabe de la cultura de los indios pueblo, podrían aventurarse varias hipótesis. La primera sería la de que los aborígenes, especialmente los del círculo de sus sacerdotes, viesen con desconfianza la implantación del cristianismo, lo que podría llevarles a perder su preponderancia social y que por ello, instigasen las muertes. La segunda, se basaría en que entre los nativos pueblo aún quedaba memoria de la expedición de Coronado y de la violencia y expolios que la acompañaron; de este modo, quizá veían a los frailes como una avanzadilla de los conquistadores, que habían prometido regresar. La tercera posibilidad es que mantener a los frailes fuera muy oneroso a las comunidades indígenas y que por eso decidieran matarlos. Puede darnos una idea de lo frugal de los indios de Nuevo México, que nunca sacrificaban a sus pavos para comer su carne, sino que solo los tenían para obtener plumas o que la leña era tan escasa que las hogueras que encendían asombraban a los españoles por su extrema pequeñez. Si los misioneros no se adaptaron a estas exigencias de vida, pudieron volverse intolerables.

La herencia en Quaray y el después.

Después de la muerte de los franciscanos de la expedición de Chamuscado, llegaron noticias de la misma al virrey, conde de La Coruña. Se sucedieron algunas pequeñas *entradas* en la frontera norte sin resultados prácticos. A pesar de ello, no trajeron noticias más precisas sobre el fin del franciscano. Cuando se supo algo cierto fue bastante más tarde, en época de la

expedición de Juan de Oñate, que sería la que definitivamente establecería a Nuevo México como dominio español. Un grupo de soldados y frailes de la expedición, en el verano de 1598, estuvo unos diez días en la comarca de Quarai[22]. La aldea se encontraba al otro lado de los que pasaron a llamarse montes Manzano, que la separan del río Grande. Los expedicionarios y los nativos, que también pertenecían al conjunto cultural de los indios pueblo, establecieron buenas relaciones. Permitieron a los conquistadores pernoctar. Los españoles, por casualidad, vieron entonces que en una pared había algo pintado que los aldeanos no querían que vieran: la muerte en martirio de fray Agustín y los otros dos religiosos, a palos y a pedradas. Como modo de ocultarlo, los aborígenes habían encalado apresuradamente la pared donde estaba la pintura mural. Sin embargo, al día siguiente, al secarse la fina capa de cal, traslució la escena, que resultó bastante evidente. Así lo cuenta Gaspar de Villagrá en su obra en verso, *Historia de Nuevo México*[23].

"Y haciendo jornada en vn buen pueblo,
Que Pùarai llamauan sus vezinos,
En el à todos bien nos recibieron,
Y en vnos corredores jaluegados,
Con vn blanco jaluegue recien puesto,
Barridos y regados con limpieça,
Lleuaron à los Padres, y alli juntos,
Fueron muy bien seruidos, y otro dia,
Por auerse el jaluegue ya secado,
Dios que à su santa Iglesia siempre muestra,
Los Santos que por ella padecieron,
Hizo se trasluziesse la pintura,
Mudo Predicador, aqui encubrieron,
Con el blanco barniz, porque no viessen,
La fuerça del martirio que passaron,
Aquellos Santos Padres Religiosos,
Fray Agustin, Fray Iuan, y Fray Francisco,
Cuios illustres cuerpos retratados,
Los baruaros tenian tan al viuo,
Que porque nuestra gente no los viese,
Quisieronlos borrar con aquel blanco,
Cuia pureza grande luego quiso,
Mostrar con euidencia manifiesta,
Que à puro azote, palo y piedra fueron,
Los tres Santos varones consumidos,
Y como siempre prende el que assegura,
Mandò el Gouernador con gran recato,

Que alli desatendidos se mostrasen,
Y que en manera alguna no pussiessen,
La vista en la pintura, pues con esto,
Assegurados todos passarian,"

Con ello se confirmó el relato de los indios sirvientes que acompañaron a Chamuscado y que llegó a México. Como terminan diciendo los versos, los expedicionarios de 1598, prefirieron disimular su descubrimiento, para así mantener la paz con los habitantes de Quarai.

La muerte de fray Agustín no produjo ninguna conversión al cristianismo. Este resultado tardaría todavía algunos años en llegar. De cualquier modo, el ayamontino fue un pionero de la evangelización.

Es probable que en el periodo 1598-1609, Quaray fuera asolada por enfrentamientos entre españoles e indios pueblo, que seguían resistiéndose a la conquista. También las enfermedades de origen europeo debieron hacer su irrupción. Así, la aldea quedaría totalmente despoblada, o con muy pocos habitantes. En 1609, el virrey de Nueva España, Luis de Velasco y Castilla, marqués de Salinas del Pisuerga, ordenó al gobernador de Nuevo México, Pedro Peralta, que agrupase a los indios supervivientes de distintas poblaciones de Nuevo México, por su bienestar y para su mejor administración. Hay evidencias de que en esta época la población se agrandó y de que se convirtió en un centro de esfuerzo misional (HURT, 1990, p. 3). Es entonces cuando se comienza a introducir a los indios pueblo de esta área en los modos de vida hispánicos y se organizan en municipalidades. Es así cuando se lleva a Quarai un remanente demográfico de otras partes, hablante de lengua tigua y se refunda la población. No todo fue positivo para los nuevos congregados. La arqueología actual está mostrando aspectos negativos de la colonización. Se sabe, por ejemplo, que los misioneros exigían a los indios fuertes cargas de trabajo, lo que incluso se obligaba a trabajar a las ancianas[24].

Entre 1614 y 1620, fray Alonso de Peinado era el primer clérigo que ejercía en la comarca de Salinas (HURT, 1990, p. 3). Sin embargo, los primeros misioneros del pueblo conocidos positivamente fueron franciscanos, como fray Agustín: fray Alonso Benavides[25] (1626-1628) fray Juan Gutiérrez de la Chica (1629-1633). Les seguirán otros[26], hasta que el pueblo es abandonado hacia 1676-1677, en las convulsiones que precedieron a la rebelión de los indios pueblo de 1680, como la sequía o los constantes ataques apaches (HURT, 1990, p. 3-4). Durante su etapa de esplendor, se decía que Quarai tenía una buena iglesia, bien equipada con todos los objetos litúrgicos para el culto, con órgano y coro. El templo, que tenía un convento anexo, pertenecía a la misión de "Nuestra Señora de la Purísima Concepción de Cuarac"[27].

Mientras tanto, en España, Ayamonte en el siglo XVII siguió siendo un foco emisor de misioneros. Vivió una difícil década de 1640: el marqués titular del señorío se vio implicado en el intento de secesión de Andalucía y fue ejecutado. Además, estaba en primera línea en la zona de tensión por la rebelión independentista de Portugal. En 1648, las Paces de Westfalia ponen

fin a la hegemonía española en Europa. En medio de todo ello, justo en ese año, parten de Ayamonte para una zona remota de Indias, dos misioneros: fray Francisco de San Buenaventura y fray Francisco de Benavides. Son naturales de Sevilla y Azuaga respectivamente. Estuvieron en el convento franciscano de Ayamonte preparándose para ser misioneros y luego eligieron uno de los destinos más difíciles que podía deparar el Nuevo Mundo. Ambos frailes iban en el grupo dirigido por fray Pedro Moreno Ponce de León, que llevaba 28 religiosos. Tenían que partir de Sevilla y su destino era llegar a la ciudad de San Agustín, para luego distribuirse por toda la Florida española. El momento era de una necesidad perentoria. Los nuevos clérigos llegaban para sustituir a los que habían muerto en febrero de 1647, durante el levantamiento de los indios apalaches y de otros nativos de aquel año (LAUERSDORF, 2021, p. 25). Los alzados habían matado a tres misioneros y destruido siete misiones. La violencia se dirigió también contra aborígenes cristianizados. Por ello, los dos franciscanos que partieron de Ayamonte, sabían que se enfrentaban al peligro de morir mártires, como había sucedido ya a fray Agustín en 1581[28].

La llegada a La Florida española del grupo de fray Pedro Moreno, supuso el momento de máxima difusión de las misiones franciscanas en la provincia. Sin embargo, según vamos a ver, no debió ser un camino de rosas para fray Buenaventura y fray Benavides. Había tensiones que se mantendrían largo tiempo durante el periodo colonial. Muestra de esto es que Fray Pedro emitió una queja que llegó a Felipe IV. Este respondió en una Real Cédula dirigida a los funcionarios reales de La Florida. El rey acusaba a los sucesivos gobernadores de mandar tropas a diversas partes de su gobernación con el pretexto del real servicio. Añadía, que en realidad, los soldados eran enviados como comerciantes o granjeros, empleados para obtener beneficios para el gobernador. Los soldados abusaban de los indios y los explotaban echando por tierra los grandes esfuerzos que hacían los franciscanos. El monarca condenaba esto, diciendo que su principal interés era la salvación de las almas por medio de las conversiones al cristianismo (MATTER, 1975, p. 22)[29]. Con esto se mostraba, que setenta años después de la muerte de fray Agustín Rodríguez, al menos oficialmente, una de las líneas directrices de la presencia española en América seguía siendo la de la evangelización. El rey podía afirmarlo desde Madrid sin que hubiera consecuencias para él. Sin embargo, tres franciscanos que partieron de Ayamonte, pusieron en juego su vida por ello.

Notas.

1 Fray Agustín Rodríguez aparece también con el apellido de fray Agustín Ruiz en algunas de las fuentes secundarias impresas tardías. Como es sabido, en siglos pasados, no se consideraba estos apellidos como diferentes, sino que Ruiz sería una forma abreviada de Rodríguez.

2 Torquemada, Juan de, *Primera parte de los veinte i un libros rituales i monarchia indiana: con el origen y guerras, de los indios occidentales, de sus poblaciones, descubrimiento, conquista, conversión y otras cosas maravillosas*, Madrid, Oficina de Nicolás Martínez Franco, 1723. [impresa por vez primera en 1615 y acabada de escribir en 1613]. (3 volúmenes). Mendieta, Jerónimo de, *Historia eclesiástica indiana,* (Joaquín Gª Izacabaleta, editor) México, Antigua Librería (sic), 1870. [Escrita a fines del siglo XVI]. Vetancurt, Agustín de, *Chronica de la Provincia del Santo Evangelio de Mexico quarta parte del Teatro Mexicano de los successos religiosos*, México, María de Benavides, viuda de Iuan de Ribera, 1697. (Hay un apéndice que es el "Menologio franciscano", donde se habla de fray Agustín). Arlegui, José, *Crónica de la provincia de N.S.P.S Francisco de Zacatecas*, México, Cumplido, 1851. (Edición original: México, José Bernardo Hogal, 1737).

3 Obregón, Baltasar de, "Historia de los descubrimientos antiguos y modernos de la Nueva España", Archivo General de Indias de Sevilla (en adelante AGI), Patronato 22, Ramo 7. Este documento fue descubierto en dicho archivo por el investigador mexicano Mariano Cuevas en 1924, con lo cual, en el momento de presentar esta ponencia en la Jornadas de Historia de Ayamonte, en noviembre de 2024, se cumplía un siglo de su salida a la luz, tras varios otros de un largo desconocimiento. El manuscrito, aunque sugiere la referencia a un marco geográfico mucho más amplio, en realidad, alude a las primeras exploraciones al norte del virreinato de Nueva España, más allá del actual río Grande, entre ellas, la de fray Agustín.

4 Obregón, Baltasar de, "Historia de los descubrimientos antiguos y modernos de la Nueva España", AGI, Patronato 22, R 7, 1584 f. 798.

5 Puede consultarse en Pares (Portal de Archivos Españoles), el documento digitalizado y la ubicación a los que se alude en la cita anterior para comprobarlo.

6 Lara Ródenas, MJ. de (1993): "Ayamonte y Huelva en la Edad Moderna. Procesos urbanos y vida material en dos poblaciones paralelas ". *I Jornadas entorno al patrimonio de Ayamonte: su historia.* Ayuntamiento, Ayamonte, p. 47, citado en; Carriazo Rubio, Juan Luis, "Pesca, frontera y señorío: Ayamonte, de la Edad Media a la Edad Moderna", *Huelva en su historia,* 2ª época, Vol. 8, 2001, pp. 41-66; p. 48. La expresión "periferia económica" está tomada de Lara.

7 El dinamismo demográfico de la España del XVI, especialmente el de Castilla, fue notable. Ello se debió a diferentes factores, como la ausencia de crisis agrarias y la efervescencia económica relacionada con el Descubrimiento. Sin embargo, ya apuntaban problemas en el horizonte, que llevarán a la crisis demográfica del siglo XVII, por ejemplo, la migración a Indias, que llevó al otro lado del Atlántico a muchas más personas de las oficialmente registradas, personas que, no siendo demasiadas, pertenecían a la parte más joven, fértil y emprendedora de estos reinos.

8 *Relación de leyes de reinos de Indias*, Libro 9, Título 26, Ley 11, Toledo, 23 de mayo de 1539. Citado en Rubio y Moreno, Luis, [1917], *Colección de documentos inéditos para la historia de Hispanoamérica, Pasajeros a Indias 1492-1592*, Tomo IX, Compañía Ibero-Americana de Publicaciones S.A., p. 237. Por otro lado, existe también la posibilidad de que fray Agustín hubiese viajado como polizón a Indias. Al respecto, existe una fuente poco sólida por su falta de detalle, que afirma, que el ayamontino se hizo franciscano después de haber llegado a México. Vid. Bandelier, 1930 (2), p. 257 y nota 63.

9 "Los grupos franciscanos empeñados en implantar la observancia [o sea, la profesión en pobreza estricta y en exclaustración] van a encontrar un importante aliado en fray Francisco Jiménez Cisneros, gran promotor de la Reforma [monacal], elevado a la sede primada de Toledo y consejero de la reina Isabel. Desde esta posición privilegiada en el Estado, llevó a cabo numerosos proyectos culturales reformadores que tuvieron como protagonistas a la Orden de los [franciscanos] Menores, a la que perteneció, Estrechamente relacionado con estos afanes reformadores, estaba el interés misional de Cisneros, desde el momento en que el cardenal consideraba a los franciscanos observantes los mejor preparados para las empresas misioneras dentro de la Iglesia española. La evangelización y conversión de los moros granadinos promovidas por el arzobispo toledano fueron esenciales en la labor evangelizadora llevada a cabo por los franciscanos observantes en las Antillas y antecedentes de la labor misional realizada por los Menores en Nueva España." RUIZ BAÑULS, (2009), p. 362.

10 Para conocer los primeros contactos entre españoles e indios pueblo y atisbos del modo de vida de estos últimos, véase BANDELIER, 1930, (1).

11 Testimonios de Pedro de Bustamente, Hernando Gallegos y Hernando Barrado en respuesta a interrogatorios de 1581 sobre una primera entrada, no oficial, a Nuevo México acompañando a fray Agustín. BANDELIER, (2), 1930, pp. 258-259.

12 Al parecer, en los franciscanos del siglo XVI, estaban presentes las ideas de cambio y utopía que se hallaban presentes en muchos de los grandes pensadores de la época y alguno de la Baja Edad Media, como Joaquín de Fiore, Luis Vives, Tomás Moro o, quien tuvo enorme peso en España, Erasmo de Rotterdam. A menudo, estos autores buscaban lugares ideales donde plantar las semillas de un cristianismo no viciado para generar algo parecido al cristianismo primitivo. "Estos pensadores se entusiasmaron con la idea de unas nuevas tierras "donde pudieran aplicar sus teorías y construir una sociedad cristiana perfecta, libre de los manifiestos defectos de los siglos XV y XVI"". RUIZ BAÑULS, p. 364. Las comillas interiores son cita de: Greenleaf, Richard, *Zumárraga y la Inquisición mexicana* (1536-1543), México, FCE, 1988, p. 37.

13 El virrey de México, Marqués de la Coruña a Felipe II, 1 de noviembre de 1582, AGI, México 20, N 97. (f.1 r.).

14 Como decimos, la Conquista acaba, según convención historiográfica a mitad del siglo XVI, sin embargo, habrá importantes expediciones, como la de Juan de Oñate a Nuevo México, en 1598, que forman parte evidente de ella.

15 *Ordenanzas de descubrimiento, nueva población y pacificación de las Indias*, en El Bosque de Segovia [Palacio de Valsaín], 13 de julio de 1573.

16 Existe información algo discrepante respecto a la que citamos en cuanto a la fecha y lugar de

partida y, tal vez, al número de soldados que la escoltaban. Según esta información, los soldados serían, a saber: Francisco Sánchez Chamuscado (*caudillo*), Hernán Gallegos (secretario de la expedición), Pedro de Bustamante, Felipe de Escalón, Pedro Sánchez de Fuensalida, Pedro de Herrera, Pedro Sánchez de Fuensalida, Hernando Barrado y Juan Sánchez. Como se ve, Pedro Sánchez de Fuensalida aparece mencionado dos veces. Si fuese una errata, el número total de soldados incluyendo a Chamuscado sería de ocho. En cuanto a lo demás, dice el párrafo al que aludimos: *"los quales para proseguir este dicho viaje y buen proposito que tenian para la predicacion de el dicho santo evangelio, llevaron a frai Francisco Lopez guardian y a frai Juan de Santa Maria predicadores y a fray Agustin lego, frailes de la horden de el señor San Francisco de el monesterio de de la Nueva España de la ciudad de Mexico y todos juntos prosiguieron dicho viaje, salieron de el Balle de Sant Gregorio, termino y jurisdicion de las minas de Santa Barbara de la Nueba Viscaya, en seis días de el mes de junio año de el señor de mil y quinientos y ochenta y un años".* Relación de Hernán Gallegos sobre la expedición del padre fray Agustín Rodríguez y el capitán Francisco Sánchez Chamuscado a Nuevo México, 1581-1582 AGI, Patronato 22, ramo 4, fol. 28 r.

17 Ibid., fol. 28 v.

18 Aún hoy es muy discutida la identidad etnográfica de los querechos y teyas, pero parece haber surgido cierto grado de consenso en que eran hablantes de lengua atapasca, llegados a las Grandes Llanuras desde Alaska poco antes del siglo XVI, en una larga migración. Serían los antepasados de los apaches.

19 Relación de Hernán Gallegos... AGI, Patronato 22, ramo 4, f. 39 v.

20 Ibid., fol. 52 r.

21 Ibid.

22 El topónimo de Quarai, a veces aparece transcrito como Puaray, Quaray, Quarac o Cuarac. También se especula con que la localidad que la expedición de Juan de Oñate llama Acolocu fuese Quarai, solo que conocida a través de referencias de hablantes de otras lenguas nativas que no fuesen sus habitantes.

23 VILLAGRÁ, Gaspar de, *Historia de Nuevo México*, Madrid, Dastin, 2001, Canto XV, pp. 225-227.

24 Spielmann, Katherin A., (Spring 2011) "Salinas Pueblo Responses to Spanish Colonization and Missionization" *Archaeology of Southwest*, Volume 25, Number 2, p. 13.

25 Fray Alonso de Benavides, además, fue uno de los grandes cronistas de la provincia de Nuevo México. En su *Memorial*, publicado en España en 1630, daba noticias cruciales sobre el territorio e instaba a Felipe IV a una evangelización más intensa y que se adentrase más en América del Norte.

26 Entre los misioneros conocidos de Quarai que les siguen, están los franciscanos: fray Juan de Salas (1643-?), fray Gerónimo de la Llana (1650-59, enterrado en la iglesia del convento), fray Nicolás de Freitas (1659-60), fray Francisco de Salazar (tal vez en períodos discontinuos entre 1663 y 1668), fray Diego de Párraga (en un ejercicio incierto entre las décadas de 1660 y 1670).

27 Spielmann. Las fotografías de las pp. 12 y 13, muestran la solidez de los muros y el elaborado diseño de la planta de los restos de la iglesia y misión de La Purísima Concepción.

28 No obstante, la tesis principal de este artículo de Lauersdorf es la de cuestionar que este alzamiento fuera meramente anti-español o anti-cristiano y destacar que en él había

factores inter-tribales e intra-tribales que no conocemos bien. Dichos factores habrían desencadenado más bien, algo parecido a una guerra civil entre los apalaches, en la que los colonizadores no eran el objetivo principal. Lauersdorf, p. 27.

29 Matter, 1975, p. 22, citando en la nota 11 la Real Cédula a los Oficiales reales de La Florida, 5 de diciembre de 1651, AGI, 54-5-14, 110, ST. La cita no se corresponde con la nomenclatura actual de documentos del AGI.

Bibliografía.

ARLEGUI, José, (1851) *Crónica de la provincia de N.S.P.S Francisco de Zacatecas*, México, Cumplido. (Edición original: México, José Bernardo Hogal, 1737).

BANCROFT, Hubert How, (1889) *The Works of Hubert How Bancroft, Vol. XVII, History of Arizona and New Mexico, 1530-1888*, San Francisco, The History Company Publishers.

BANDELIER, Adolph F. (1930) "Documentary History of the Rio Grande Pueblos, New Mexico. Part I - 1536 to 1542." *New Mexico Historical Review* 5, 2.

BANDELIER, Adolph F. (1930) "Documentary History of the Rio Grande Pueblos, New Mexico. Part II - 1542 to 1581." *New Mexico Historical Review* 5, 3.

HURT, Wesley R., (1990) *The 1939-1940 Excavation Project at Quarai Pueblo and Mission Buildings*, Salinas Pueblo Mission National Monument, New Mexico, Division of History, Division of Antropology, National Park Service, Santa Fe, New Mexico.

LAUERSDORF, Aubrey (2021) "An Apalachee Revolt?: Reconceptualizing Violence in Seventeenth-Century Apalachee," *Florida Historical Quarterly*: Vol. 100: No. 1, Article 4.

LEVELIER, Roberto, (1919) *Organización de la Iglesia y órdenes religiosas en el virreinato del Perú en el siglo XVI,* II, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra.

MATTER, Robert Allen (1975) "Missions in the Defense of Spanish Florida, 1566-*1710,*" *Florida Historical Quarterly*: Vol. 54: No. 1, Article 4.

MENDIETA, Jerónimo de, (1870) *Historia eclesiástica indiana,* (Joaquín Gª Izacabaleta, editor) México, Antigua Librería (sic). [Escrita a fines del siglo XVI] (Esta es la primera edición impresa de la obra).

MORENO FLORES, María Antonia, (2000) "Análisis demográfico de Ayamonte, 1860-1930" IV Jornadas de Historia de Ayamonte: celebradas durante los días 18, 19 y 20 de noviembre de 1999 / coord. por Enrique R. Arroyo Berrones.

REY, Agapito. "The Rodriguez Expedition to New Mexico, 1581-1582." *New Mexico Historical Review* 2, 3 (1927).

RUBIO Y MORENO, Luis, [1917], *Colección de documentos inéditos para la historia de Hispanoamérica, Pasajeros a Indias 1492-1592,* Tomo IX, Compañía Ibero-Americana de Publicaciones S.A.

RUIZ BAÑULS, Mónica, (2009) "Caracterización del misionero franciscano en la Nueva España del siglo XVI", *Carthaginensia: Revista de estudios e investigación*, Vol. 25, nº 48.

SPIELMANN, Katherin A., (Spring 2011) "Salinas Pueblo Responses to Spanish Colonization and Missionization" *Archaeology of Southwest*, Volume 25, Number 2, p. 13.

TORQUEMADA, Juan de, (1723) *Primera parte de los veinte i un libros rituales i monarchia indiana: con el origen y guerras, de los indios occidentales, de sus poblaciones, descubrimiento, conquista, conversión y otras cosas maravillosas*, Madrid, Oficina de Nicolás Martínez Franco. [impresa en 1615 y acabada de escribir en 1613]. (3 volúmenes)

VETANCURT, Agustín de, (1697) *Chronica de la Provincia del Santo Evangelio de Mexico quarta parte del Teatro Mexicano de los successos religiosos*, México, María de Benavides, viuda de Iuan de Ribera. (Tiene un apéndice que es el "Menologio franciscano" que es donde se habla de fray Agustín).

VILLAGRÁ, Gaspar de, (2001) *Historia de Nuevo México*, Madrid, Dastin.